



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.

D. Reynaldo Brea, ex Oficial de E. M. del Ejército alfoncino.



El Marqués de Cerralbo

A large, elegant cursive signature that extends across the bottom of the page, starting from the name and ending in a long, sweeping flourish.

REORGANIZACIÓN

DEL SEGUNDO BATALLÓN DE LA DIVISIÓN DE ALAVA,
Y DESFILE PRESENCIADO POR DON CARLOS.

A raíz de la victoria alcanzada por las armas carlistas en la batalla sostenida en los campos de Montejurra contra las fuerzas republicanas, al mando de su general D. Domingo Moriones, los días 7, 8 y 9 de noviembre de 1873, y habiendo sido uno de los Batallones que con mayor heroísmo se condujeron, sin embargo de las mermadas fuerzas de que se componía y de la escasa instrucción militar que por falta de tiempo no había podido introducir en él el intrépido, bizarro y lealísimo Teniente Coronel Jefe del mismo, D. Celedonio Iturralde, el General Larramandi, Comandante General de la División, celoso cual ninguno, quiso darle una nueva organización que respondiera al valor y heroísmo de aquel puñado de valientes; al efecto, habiendo sido destinado el que suscribe por el General Dorregaray al Estado Mayor de la División de Álava, creyó conveniente honrarle con el nombramiento de Jefe organizador, y al efecto fué destinado para reorganizar el segundo Batallón de la División después de haberlo efectuado con el tercero de la misma, ordenándole ocupara su puesto inmediatamente, y puesto de acuerdo con el Teniente Coronel Iturralde, se dirigió al Condado de Treviño, en el valle de Cuartango, estableciendo su cuartel, como centro de operaciones, en Salinas de Añana (Condado de Treviño). Esta población consta de unos 400 vecinos y está situada en la parte superior y más elevada del valle, á unos 14 kilómetros de distancia de Miranda de Ebro, desde donde recorría todos los pueblos del valle, y se le fueron uniendo voluntariamente muchos jóvenes, hasta reunir una fuerza de 900 hombres dóciles y obedientes. A los quince días, ya completamente impuestos en el manejo del arma y evoluciones, recibió la orden para proveerse de armamento, municiones, vestuario y equipo, emprendiendo la marcha el día 25 de enero de 1874 á Salvatierra de Alava, población situada en una altura que por su posición topográfica domina la estación del ferrocarril y la carretera que va de Vitoria á Pamplona, distando de Vitoria unos 24 kilómetros y de la estación de Alsasua 18 kilómetros. Ya provisto de equipo y vestuario, regresó á su cuartel de Salinas de Añana, y deseosos los voluntarios de habérselas con los republicanos, hizo

un desfile el día 22 de enero de 1874, dando frente á Miranda de Ebro, y concluido se puso la orden siguiente al Jefe que guarnecía y mandaba la plaza: «Tan pronto reciba usted esta comunicación, hará entrega de la plaza á las tropas del R... legítimo Don Carlos VII, en la inteligencia de que transcurrido el improrrogable plazo de tres horas, entraré con las fuerzas de mi mando á fuego y sangre, haciendo á usted responsable de cuanto suceda, y si necesario fuera, que no lo espero, pasaría por cima de los escombros.» La contestación dada por el Jefe enemigo, aunque verbal, fué digna de un verdadero militar, valiente y fiel á la causa que defendía, manifestando «Que en tal caso pasaría también por cima de su cadáver, antes que faltar á su deber entregando cobardemente el puesto cuya defensa se le había confiado.»

Con tal motivo, y deseosos los voluntarios de probar el armamento batiéndose contra los liberales, fué necesario dirigirse al Comandante General de la División, Don José de Larramendi, manifestándole los deseos de aquellos valientes voluntarios bisoños, que no parecía sino que eran soldados aguerridos, contestando éste satisfactoriamente y autorizándole para emprender la marcha á Somorrostro, á fin de ponerse al frente del enemigo. Así, pues, el día 17 de febrero emprendió la marcha por Orduña y Amurrio á Valmaseda, llegando á este último punto á las cuatro de la tarde del día siguiente 18, en ocasión que se hallaba allí Don Carlos; noticiado que fui, formé acto seguido el Batallón en la plaza de armas, dirigiéndome inmediatamente á Palacio, donde logré la alta honra de ser recibido en el acto por el R., con el mayor cariño y atención, y me concedió al propio tiempo el honor de ir á presenciar el desfile de aquellos voluntarios bisoños, que muchos de ellos aun no contaban un mes de servicio; no habían transcurrido diez minutos cuando la corneta de órdenes anunciaba con la marcha Real la presencia de Don Carlos, que era vitoreado con frenesí. Hechos los honores de Ordenanza, dió principio el desfile por delante de nuestro augusto Jefe, que iba acompañado de su Estado Mayor. Satisfizo, y con razón, al R. ver que en tan corto tiempo habían adquirido sus soldados un aire marcial é instrucción propios de soldados veteranos, ya que la torrencial lluvia que caía mientras el desfile, no amilanó á aquellos voluntarios, que en tan poco tiempo habían adquirido hábitos verdaderamente militares que les ponían en condiciones de

confundirse con los mejores soldados del mundo, pues que con ellos podía irse al sitio á que habían sido destinados, seguros de obtener la victoria ó morir en la demanda; de este modo fueron despedidos por Don Carlos con dirección á Somorrostro.

La población de Valmaseda está situada en una hondonada, teniendo á derecha é izquierda grandes montañas que la dominan. Dista del valle de Mena unos 13 kilómetros, existiendo entre una y otro los pueblos célebres de Bortedo y Antuñano.

Llegada la noche, y viendo que la lluvia arreciaba, creí conveniente alojar la fuerza en el pueblo de Ocharán, que dista unos 12 kilómetros de Valmaseda, dirigiéndome, acompañado del Ayudante, á Sopuerta, punto donde se encontraba alojado el General Larramendi, quien enterado del estado y deseos del Batallón, manifestó que podría presentarme allí con él cuando hubiera descansado. Nos retiramos á las doce de la noche, y una vez llegados á Ocharán, se tocó llamada de capitanes para avisarles de que al romper el día se emprendería la marcha. Llegamos al siguiente, que era el 19, á Sopuerta, donde fuimos alojados, y el 20 emprendimos la marcha, por las Minas de Ortuella á Necedal, donde estaba el Jefe de Estado Mayor de la División, General Mendiri, ordenando éste ocupásemos las poblaciones de Portugalete y Santurce que distan unos dos kilómetros una de otra, para hacer frente á la escuadra naval que, compuesta de nueve buques de guerra, andaba por las inmediaciones con objeto de hacer un desembarque, resistiendo aquel día 368 disparos de la misma. El día siguiente, 23, continuó el ataque por mar, resistiendo los proyectiles de 297 disparos, continuando el ataque por mar y tierra á la vez. El día 24 y 25 se libró la gran batalla, que la mayoría de los españoles vienen confundiendo con la del 25, 26 y 27 de marzo, quitándole todo el valor, y como testigo presencial que fui, tomando una gran parte activa en ambas desde el principio al fin, ó sea hasta las cinco y media de la tarde del día 27 (hora en que el casco de una granada fratricida me derribó ocasionándome tal herida y contusión que me dejaron casi exánime y sin sentido), conservando la línea de Santa Juliana, situada á la izquierda de San Pedro Abanto; corrió la noticia de mi muerte por toda la línea con la celeridad del rayo, por cuya causa empezó á entrar la desanimación en los voluntarios; mas habiendo llegado la noticia al General Dorregaray, bien

pronto se presentó en el lugar del suceso, en ocasión que ya había yo recobrado el conocimiento, y estaba dispuesto á continuar en mi puesto, lo cual me fué imposible, y en consecuencia se nombró Jefe accidental de la línea al Teniente Coronel Segura, primer Jefe del cuarto Batallón de Navarra, y á mí se me condujo al pueblo de Cotarro para la curación.

Dejando á un lado lo que atañe á mi personalidad, voy á tratar de la jornada del día 25 de febrero de 1874.

Serian las ocho de la mañana, cuando se comprendió que los liberales trataban de empeñar una sangrienta batalla, que bien pudiera llamarse marítimo-terrestre, puesto que las masas republicanas eran protegidas por la marina de guerra, que dirigía un nutrido fuego de artillería á nuestras Reales fuerzas por toda nuestra derecha, desde Montañó hasta Portugalete, con objeto de llamar la atención para dar paso á las grandes masas terrestres que por nuestra izquierda y de frente debían romper. Bien pronto se vieron realizadas nuestras sospechas; serian las ocho y media de la mañana, cuando la artillería enemiga terrestre rompió con horrible violencia el fuego de cañón en toda la línea, debido á que quería proteger el paso de la infantería por varios puentes flotantes que al efecto habían establecido en la ría, mas por carecer nosotros de cañones, no lo pudimos impedir, y dejamos pasar la tropa enemiga, esperando, como estaba mandado, que se acercara todo lo posible á nuestros parapetos y que los republicanos ocupasen el valle de Somorrostro. Fueran éstos avanzando hasta los montes que defendíamos, protegidos por su artillería de montaña y las baterías fijas, amenazando á la vez á toda nuestra línea, porque por todas partes enviaban considerables fuerzas; creímos al principio, según digo anteriormente, que atacaría nuestra izquierda como la tarde anterior; pero su plan era todo lo contrario: atacar nuestra derecha, que aunque más difícil vencer, les daba, una vez dominada, la posición más importante, pero bien pronto se vió que los buques dirigian sus fuegos á Mantras y Montañó, y que concentraban sobre ambos los suyos las baterías de Montejanco y Pico de Ramos, pasando la ría por la parte de Muzquiz y avanzando también mayor número de fuerzas sobre nuestra derecha que por los otros lados.

El enemigo, en efecto, trataba á toda costa de apoderarse de aquel punto, y mientras destinaba una división á entretener y

contener nuestra izquierda y nuestro centro trataba de apoderarse de Las Carreras, punto inmediato á San Pedro Abanto, lanzaba tres divisiones contra Montaña y Mantres, con objeto de tomarlos por asalto.

Resultó lo de siempre: que el plan de Moriones consistía en atacar de frente, que era la mayor dificultad, y trataba de vencerla á fuerza de sangre; afortunadamente, nuestros generales conocían ya al enemigo. Ollo, antes de empezar el combate, estaba en San Fuentes, ó sea en la vertiente de Montaña y Mantres, que era el objetivo de Moriones. El fuego fué violento, y á las diez de la mañana las descargas continuas producían tal estrépito, que casi apagaban el estruendo de la artillería. A las doce no quedó ya duda de que todo el ataque se dirigía á nuestra derecha. Mendiri y Lizárraga acudieron al lado de Ollo, y juntos al lado de San Fuentes estuvieron dirigiendo la batalla; la batería de Navarra, única que entonces teníamos disponible, se colocó á la izquierda de Montaña, para batir á los enemigos que avanzaban por aquella parte con furia, y á la una y media llegó el Teniente Coronel Rodríguez Vera con las de artillería de Guipúzcoa y Alava, én junto otras cuatro piezas que mandaba Ollo á nuestra derecha. Defendían tenazmente el punto amenazado nuestros Batallones, distinguiéndose el primero de Navarra, que ocupaba la cumbre de Mantres, y el segundo á las órdenes del bizarro y popular Radica, sostenía al enemigo en Montaña, con un impetu admirable, sin que el horrible fuego que de frente y flanco se le hacía le detuviera; avanzando, avanzando, vencía las dificultades del terreno y subía á la cumbre de Mantres sobre los cadáveres que en pos de sí dejaba. Aquel ataque era temerario, pero nadie retrocedía; nuestros voluntarios veían llegar al enemigo, y tampoco se movían, y con la admirable serenidad de soldados aguerridos, multiplicaban sus descargas sobre los contrarios Batallones. ¡Arriba! gritaban los republicanos, animando al regimiento de Cantabria, núm. 39, que marchaba al asalto de la cumbre, y los soldados, aunque diezmados, seguían subiendo. Desde la llanada de San Fuentes, donde estaban los Generales, se veía aquella encarnizada lucha, aquel valor que por una y otra parte se desplegaba con un interés inmenso. Los republicanos llegaban á la cumbre, hacían fuego á tan corta distancia, que casi se confundían con los nuestros; un instante más, un pequeño esfuerzo por su parte, un momento más de vacilación por la nuestra, y

la cumbre era suya, y una vez en Mantres, nos barrían sin remisión y nos obligaban á levantar la línea y retirarnos precipitadamente.

Ollo, Lizárraga y Mendiri tenían los ojos fijos sobre lo alto de la cumbre y miraban con ansiedad el combate; habían enviado refuerzos para el primero; pero los republicanos estaban más cerca de la cumbre que éstos; así, pues, era cuestión dudosa el que los del primero pudieran sostenerse hasta la llegada del refuerzo. De repente cesa el fuego en lo alto, y se oye un inmenso grito, al que siguen atronadoras aclamaciones, y se ve al primero de Navarra lanzarse con el impetu del entusiasmo á la bayoneta sobre los republicanos, y á éstos vacilar, retroceder y, por último, huir en completo desorden, perseguidos por los navarros, que sembraban la muerte en sus filas. El sexto Batallón llega entonces, se une al primero y los nuestros quedan como al principio dueños absolutos del monte, que abandonan los republicanos y huyen para rehacerse á la ría.

Eran las dos de la tarde: nuestra reserva había avanzado por si hacía falta, y el Batallón de aragoneses ocupaba los parapetos de San Fuentes. En aquel momento llegó á ellos Don Carlos, con Dorregaray y su cuartel general, y los voluntarios aragoneses, sin darle frente, le recibieron con entusiastas aclamaciones. Los acordes de la marcha Real anunciaron al enemigo la presencia de Don Carlos VII, que venía al campo de batalla á compartir con sus soldados el peligro, por lo que no tardaron en dirigir granadas y balas á aquel sitio; pero Don Carlos, sin hacer caso de ellas, y á pesar de haber herido á algunos á su lado, estuvo enterándose con los Generales de lo sucedido. En aquel momento se vió venir un grupo de voluntarios navarros, conduciendo 45 prisioneros hechos en la carga del Mogote de Mantres, y el R. se adelantó á su encuentro. Al verle en aquel sitio los voluntarios conductores de los prisioneros, se admiraron del valor de aquel Caudillo, prorrumpiendo en vivas, y los soldados republicanos le vitorearon también, se hincaron de rodillas y le besaron la mano; pertenecían al regimiento de Cantabria, Sevilla y San Quintín, declarando éstos que tenían muchas más fuerzas que las que habían atacado, por lo que no quedaba duda de que se renovaría el ataque por la derecha, pues por el centro continuaba con vigor y los liberales debían creernos rendidos y faltos de municiones; y efectiva-

mente, algo nos iban ya faltando, y el enemigo reforzaba con sus reservas toda la línea; envió nuevos batallones al asalto de Mantres; el apuro para nosotros entonces fué grande; casi toda nuestra reserva estaba ya en juego, y apenas nos quedaba fuerza disponible; se mandaron compañías del Batallón de Aragón á la izquierda del Montañó, y al ver amenazada la cumbre, se hizo que subiese el quinto de Navarra. No teníamos ya más fuerzas, y aquellas

fueron suficientes: el enemigo, cargado nuevamente, fué rechazado al fin y perseguido hasta la ría, donde algunos, por no buscar los puentes, se arrojaron de cabeza.

La artillería republicana siguió haciendo fuego para proteger y ocultar la retirada de sus soldados, y con las sombras de la noche permitieron á los soldados republicanos desordenados volver á sus posiciones.

Habíamos vencido al ejército enemigo;



ALTO DEL ESTADO MAYOR CARLISTA.—De fotografía del natural.

pero aun no sabíamos todo el alcance de nuestra victoria. A la mañana siguiente 26, al ver el campo de batalla cubierto de cadáveres y heridos, al recoger algunos prisioneros que habían pasado la noche en el campo de batalla, al saber el desorden y confusión que habían reinado en el momento de la retirada, se comprendió que á haberlo conocido por la noche, y seguido la persecución, tal vez le hubiéramos hecho abandonar para siempre á Somorrostro y á la idea de socorrer á Bilbao; pero no obstante, la victoria fué de suma importancia, puesto que tuvo eco inmenso en todos los ámbitos del mundo. El mismo General en Jefe Moriones lo confesó enviando á

su gobierno el mismo día 25 un telegrama concebido en los siguientes términos: «El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto, y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro general de prestigio á encargarse del mando.»

Ahora bien; como se vé, la victoria obtenida por las armas verdaderamente defensoras de la causa de Dios, de la Patria y del Rey, fué gloriosísima, y por consecuencia de ella, el gobierno republicano nombró para continuar las operaciones y volver á probar fortuna al General Serrano y su Jefe de Estado Mayor á su sobrino el General López Dominguez; para el ma-

do de Divisiones, á los Generales Loma, Primo de Rivera y Letona, reuniendo todos cuantos elementos contaba, como eran 48 Batallones y 70 piezas de artillería. El General Serrano, desde el momento en que se hizo cargo del ejército liberal, no cesó un solo instante de preparar sus huestes; así es que recorría su línea y examinaba al propio tiempo la nuestra; construía y preparaba nuevas baterías, y reunía enorme cantidad de municiones. Así continuaron sus preparativos, sin omitir también la tentativa de sobornar á los generales carlistas, pues que, hallándome yo en San Fuentes, llegaron una carta y un cajón de cigarros puros, en cuya cubierta se leía la inscripción siguiente: «El General Serrano á su amigo el General Dorregaray.»

De este modo continuó hasta romper el alba del día 25 de marzo, en que los republicanos rompieron el fuego con violencia, y no quedó duda desde el principio de que por fin se decidían á presentar batalla en toda regla; al efecto pasaron como el mes anterior la ría sus divisiones, y se extendieron por el valle, encaminándose Loma por el centro, Letona á nuestra derecha y Primo de Rivera á nuestra izquierda. Un incidente ocurrido en esta parte comprometía algún tanto las armas Reales, y fué que el primer Batallón de Guipúzcoa, que después de la insurrección del cura Santa Cruz había sido reorganizado con gente nueva y poco acostumbrado al fuego, se atemorizó ante la lluvia de granadas que le dirigían, y abandonó el parapeto del Portillo, punto inmediato á Las Cortes, apoderándose de él los republicanos, y animados con la ventaja obtenida, lanzáronse resueltamente á la toma de los demás, y arreció el ataque por aquel lado.

Por fortuna, los Batallones que estaban inmediatos eran el de Aragón, el primero de Álava y el cuarto de Castilla, quienes ya veteranos, sostuvieron heroicamente sus posiciones y rechazaron varias veces á los republicanos, que iban subiendo en número considerable, y reforzando el enemigo sus tropas, iban agotándose las fuerzas de aquellos tres heroicos Batallones; pero llegó tan á tiempo el Brigadier Yoldi con el tercero y sexto de Navarra, que con ellos entusiasmó á los carlistas, restableciendo la confianza en la izquierda.

Todo el día se sostuvo el violento cañoneo y el terrible fuego de fusilería por todas partes; pero el enemigo no logró tomar ninguna posición y fué contenido en toda la línea. La noche puso término al

combate, quedando Letona en las estribaciones de Montaña, Loma frente á Las Carreras y Primo de Rivera en las Cortes, única parte por donde en todo el día habían conseguido avanzar.

Por el impetu con que nos habían atacado, por la posición en que quedaban, no tuvimos duda alguna de que á la mañana siguiente repetirían el ataque, sin embargo de que sus bajas debían ser numerosas. Dormimos aquella noche en el suelo, ocupando los Batallones los mismos parapetos en que estaban al terminar el combate, para que á la mañana siguiente todos estuviesen preparados. Durante la noche se hicieron venir á nuestra extrema izquierda las cuatro piezas de montaña que mandaba el Teniente coronel Rodríguez Vera, para colocarlas á la mañana en el cerro de Buena Vista, donde establecieron su cuartel, los Generales Velasco, Lizárraga y Larramendi, con objeto de batir desde allí al pueblo de Las Cortes, que habían ocupado los republicanos.

Al romper el alba el día 26, los cañones republicanos comenzaron á disparar sobre nuestra línea con tanta violencia como el día anterior. Aun no había salido el sol, y el fuego de fusilería se mezclaba con el estruendo de los cañones y ensordecía el espacio.

La batalla principió con impetu, pareciendo que por una y otra parte se estaba esperando con impaciencia que llegase el día para renovarla; porque ni republicanos ni carlistas habían quedado satisfechos con el resultado del combate, y esperaban lograr, en uno más decisivo, el triunfo que no habían conseguido anteriormente.

El enemigo había fortificado y arreglado el parapeto sobre Las Cortes, que había sido abandonado el día anterior; y aunque desde él hacían un vivo fuego, se veía que, escarmentado con la resistencia que encontrara en los siguientes, renunció á asaltarlos, y entonces empezamos á construir una batería sobre Las Cortes para colocar los cañones que mandaba Vera y desalojar del pueblo al enemigo; pero éste, en cuanto comprendió de lo que se trataba, abandonó el pueblo de Las Cortes, que ocupó en el momento el 5.º de Álava.

El fuego continuó con el mismo furor, sin que los republicanos avanzasen por parte alguna; de modo que nos conservábamos en nuestras mismas posiciones, y al mediodía se decidieron por fin á mandar una fuerte columna á nuestra izquierda y á atacar al propio tiempo por el centro. La

columna que venía hacia la izquierda se dirigía entre Las Cortes y Santa Juliana, por el punto llamado el Manzanal, como para flanquear á San Pedro Abanto, mientras la del centro se dirigía á este punto por el barrio de Sucheta. Una y otra fueron recibidas con serenidad por los carlistas, que levantábanse de los parapetos y zanjás, y les acribillaban con sus certeros tiros á corta distancia; y sembrando el campo de muertos y heridos, los obligaron á retirarse en desorden y con grandes pérdidas.

No volvieron á intentar ningún avance los republicanos; pero en cambio desde Monte Ganeo y Peña Corvera nos hacían vivísimo fuego de artillería, y desde Somorrostro batían con cañones de grueso calibre la iglesia de San Pedro Abanto y los parapetos inmediatos. El valle ocupado por ellos estaba sembrado de cañones de montaña, que hacían continuamente fuego; y como al mismo tiempo la escuadra batía nuestra derecha, disparando por Poveña, Ciérvana y Portugaleta, el estruendo y la humareda eran infernales; de modo que el consumo de municiones que por una y otra se hizo aquel día, fué enorme.

La noche puso término á la lucha, sin que los republicanos hubiesen adelantado un paso ni nosotros retrocedido una pulgada, y como la anterior, la pasamos sobre las armas en los mismos puntos, guardando el orden de combate para que no fuera necesario que al día siguiente nadie se moviese.

Calculábamos por las nuestras, que eran numerosas, que las bajas del enemigo debían ser muy grandes; pero por si aun tenían ánimos de atacar por tercera vez, pasamos la noche municionando los Batallones y reponiendo los destrozos causados en los parapetos; los voluntarios estaban pegados á ellos; dos días llevaba el Batallón 4.º de Castilla en el suyo, casi sin comer ni beber, con un crecido número de bajas, y cuando por la noche se mandó alguna fuerza para relevarle, á fin de que descansara, pidió que se le dejase en aquel puesto de honor y peligro; puesto que se le había encomendado, quería conservarle ó morir en él. Lo que si deseaban los soldados eran picos y palas para arreglar los parapetos, pero no relevó ni descanso, y en efecto, en vez de dormir, pasaron la noche abriendo zanjás y levantando otros parapetos.

El primero de Alava había perdido 180 hombres, y sin embargo, no consintió tampoco en quedar en retaguardia; así como el

cuarto de la misma provincia, que había sufrido mucho, contestó también como los castellanos, que quería conservar sus posiciones.

El heroísmo se comunicaba á todo el Ejército Real, y todos estaban contentos, á pesar de la prolongada batalla, y todos deseaban que llegase el tercer día de lucha para que se decidiese la cuestión.

Al romper el alba el día 27, como en los anteriores, se dió la señal de la pelea, como siempre, comenzando los cañones enemigos con su extraordinaria profusión de disparos, y en inundarnos de granadas pasaron las primeras horas de la mañana. El enemigo dirigía sus cañones de mayor calibre á San Pedro Abanto, cuya torre estaba toda agujereada por los proyectiles, y se mantenía, sin embargo, en pie, como representando la fortaleza y la constancia de que tan alta muestra estaba dando el Ejército carlista en aquellos días de prueba.

En tanto, el republicano, furioso por la resistencia que encontraba, considerando que la prolongada resistencia habría agotado nuestras fuerzas, municiones y ánimos, se decidió por fin á dar aquel día un rudo ataque. Al efecto, formando una fuerte columna en Muzquiz, pasando la ría se dirigió á Montañó y Mantres, posiciones más fuertes de nuestra derecha, sin embargo que su objeto no era romper por allí, sino llamar nuestra atención y entretenernos por aquella parte, para avanzar resueltamente por el centro, apoderarse de San Pedro Abanto y romper por allí nuestra línea para dividirnos en dos mitades.

Poco después de la columna que pasó por Muzquiz, salió otra de Somorrostro, formada por las mejores tropas, al mando de Loma, y animada por la presencia de Serrano, y auxiliada á su derecha por la que mandaba Primo de Rivera, se lanzó al ataque contra Abanto.

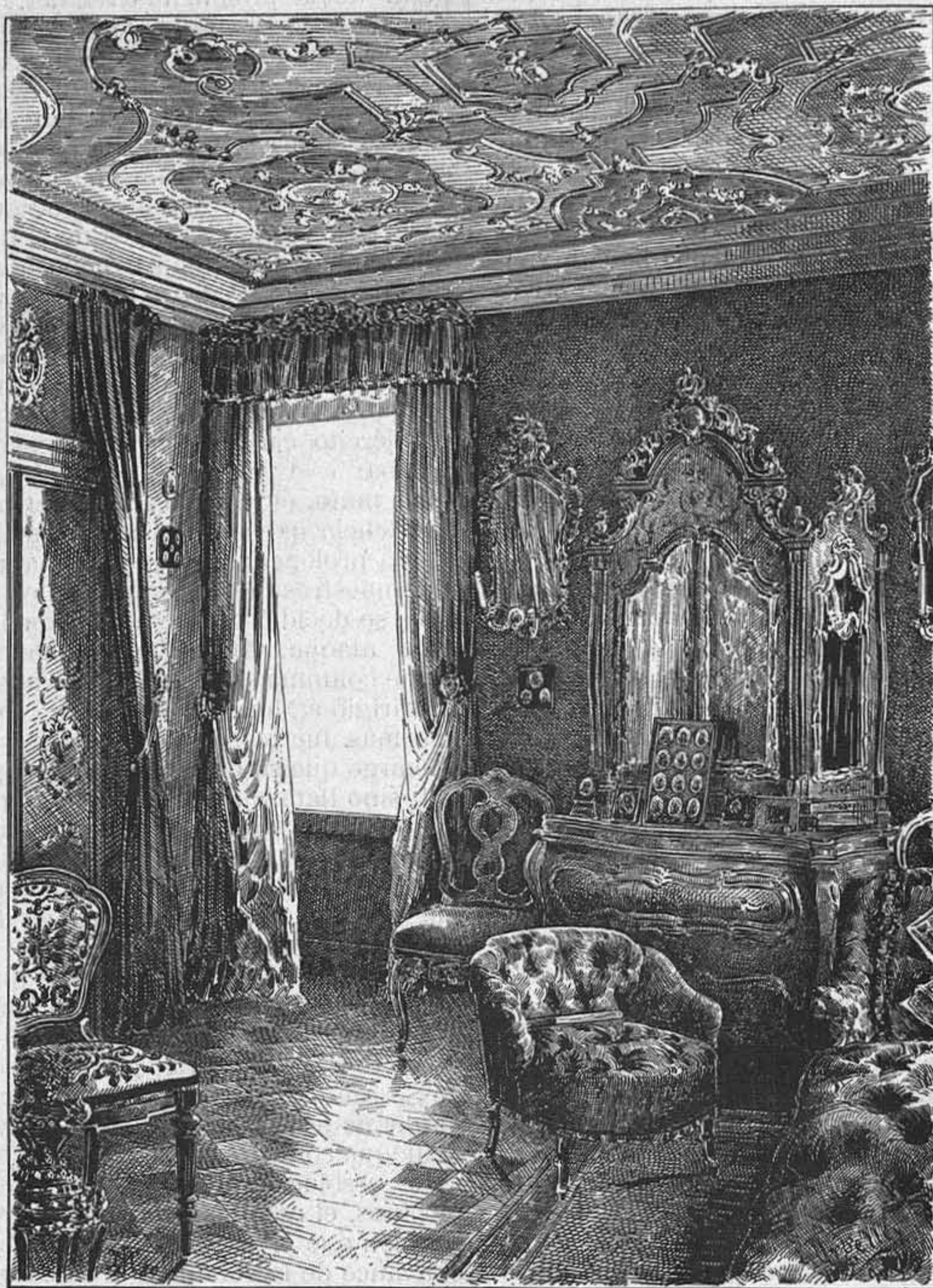
La resolución y el número de los republicanos, el redoblado fuego de su artillería, con que protegían desde las baterías el avance de la columna, y la espesa lluvia de granadas que caían por todas partes sobre los carlistas, no les intimidó; antes al contrario, les animó al combate, porque comprendieron que se acercaba el supremo instante de la pelea.

Carlos VII los miraba; los Generales confiaban en su ánimo; firmes en sus puestos permanecían; la muerte aclaraba sus filas, pero no se contentaban, veían que el enemigo se acercaba, recorrer con un valor

heroico la distancia que les separaba de nuestros parapetos y aguardaban que llegase, con la calma de quien está seguro de la victoria.

A vanguardia de la columna republicana

que se encaminaba á San Pedro Abanto, protegido por varios batallones desplegados en guerrilla, venia uno de infantería que queria tener la honra de saltar el primero nuestros parapetos; pero bien caro



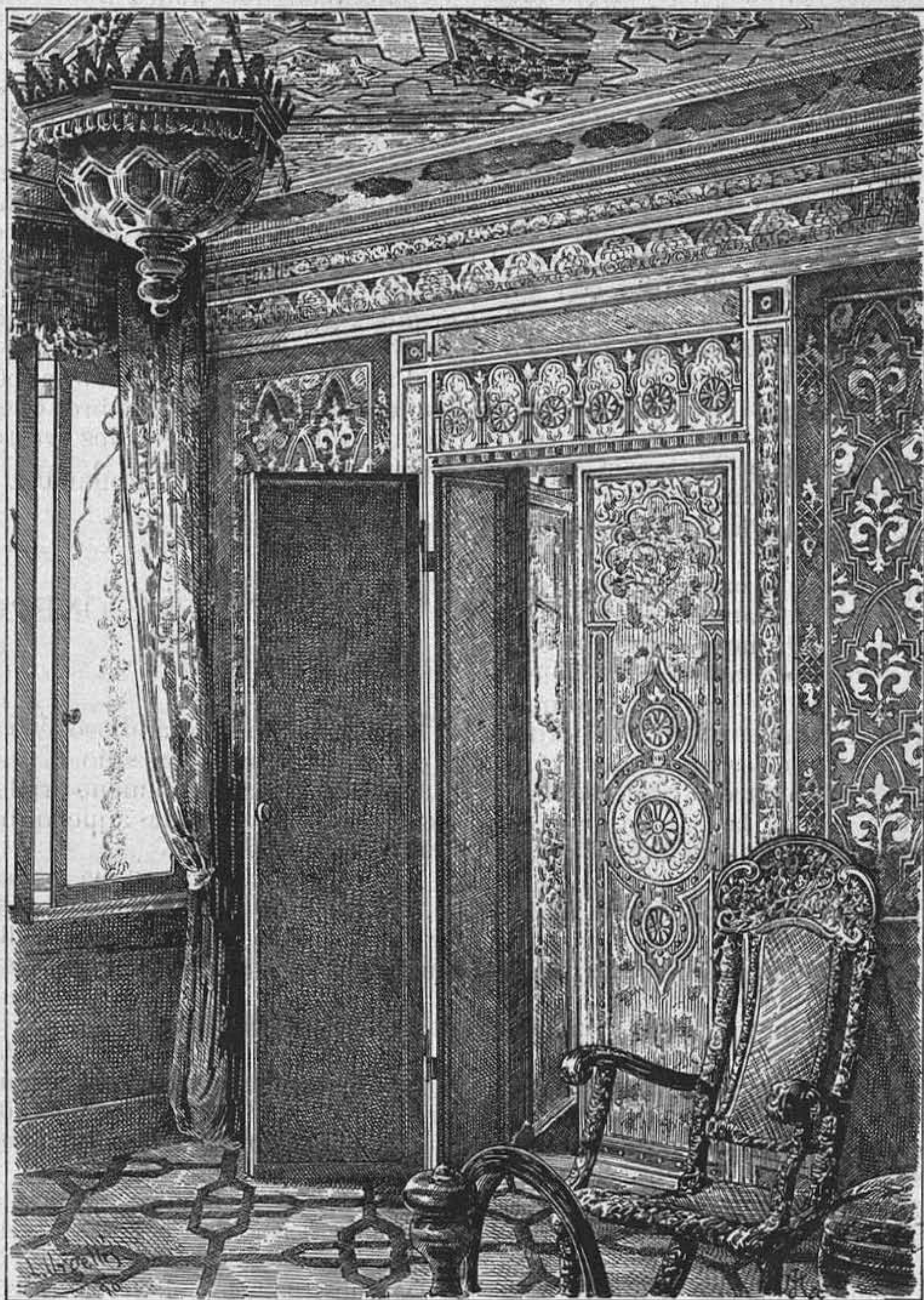
PALACIO LOREDÁN.—Cámara regia.

le costó su empeño: al estar á corta distancia de ellos, los voluntarios rompieron el fuego tan certero y mortífero, que los marinos caían como moscas. Animados, sin embargo, por la consideración de que el Ejército les contemplaba, ni se desanima-

ban ni retrocedían; pero caían con tal abundancia, que á los pocos instantes no quedaron mas que unos 100 hombres sanos, de 700 que venían á vanguardia. Nuestros voluntarios, impacientes, saltan entonces de sus parapetos y cargan á la

bayoneta; matan á unos y hacen prisioneros á otros, y acaban con los marinos, obligando á retroceder á la columna que tras ellos venia. A los pocos momentos se

rehace ésta; el batallón de marinos es reemplazado por otro; las guerrillas son reforzadas, y la columna de ataque, guiada por Loma, se lanza nuevamente al



PALACIO LOREDÁN.—Cuarto de baño.

asalto de nuestras posiciones, donde otra vez nuestros mortíferos fuegos la contienen.

A unos 4.000 metros de San Pedro Abanto, forma la carretera de Somorrostro un ángulo con el camino que de Las Carreras

se dirige á Montañó, sobre dicho ángulo había un parapeto, y tras él nueve casas, divididas en dos grupos, uno más alto que otro, forman el pueblecillo de Murrieta, y era preciso tomarle para pasar á San Pedro Abanto; pero entre este pueblo y Mu-

rieta aun había otros parapetos, la columna se dirigía al parapeto del ángulo con la resolución que los marinos lo habían efectuado; el terrible fuego con que fueron recibidos, la hizo por tercera vez vacilar, pero reanimada por sus jefes y sembrando el campo de cadáveres, llegó por fin al parapeto, y asaltándole por los dos lados, logró entrar en él, los carlistas lo defendían cuerpo á cuerpo, se retiraron paso á paso, sin dejar un prisionero, y ocuparon el grupo de casas más alto; abandonando el más bajo á los republicanos, creían que era aquel el único obstáculo que había para llegar á San Pedro Abanto; pero al querer avanzar, se encontraron con que desde los parapetos de San Fuentes, que acababan de ocupar, un batallón castellano les barría á tiros por la izquierda, mientras de frente les acribillaban los de San Pedro y por la derecha (nuestra izquierda) el segundo de Alava en la línea de Santa Juliana, cuya defensa se me había confiado; envueltos por estos tres fuegos, perecen á centenares y no pueden pasar. Por más que se esfuerzan sus jefes, ya no avanzan un paso; Serrano les anima inútilmente; Loma y Primo de Rivera caen gravemente heridos; multitud de Jefes y oficiales perecen también, y la columna es diezmada entre Murrieta, San Pedro Abanto y Santa Juliana; en este momento, cinco y media á seis de la tarde, como he dicho al hacer la reseña de la batalla del 25 de febrero, caí herido gravemente.

Entretanto, las fuerzas que por nuestra derecha habían atacado con Letona á Montaña, son varias veces rechazadas, y la noche llega y pone fin al tercer día de batalla, sin que los republicanos hayan conseguido romper nuestra línea, ni puedan intentarlo por el considerable número de bajas que tiene su ejército. La victoria es nuestra; Serrano queda derrotado del mismo modo que Moriones, y como él tampoco podía socorrer á Bilbao, pues que su ejército había sufrido horrorosamente. Los batallones de Marina, Las Navas, Ciudad Rodrigo, Castrejana, Barbastro y Alcolea quedaron literalmente en cuadro, y los demás fueron destrozados; 4.387 bajas tuvieron los republicanos en los tres días; las de los carlistas se elevaron á 1.914, pues la artillería liberal, con la abundancia de sus disparos, había hecho gran daño en las armas Reales: mas los voluntarios estaban contentísimos y animados, de modo que durante el combate no hacían caso de las pérdidas que sufrían.

Después de la victoria rayó en delirio su

alegría, y efectivamente, el motivo no era para menos. La resistencia que hicieron, por lo heroica y ordenada, los ponía á la altura de los mejores soldados del mundo. Los mismos liberales estaban admirados, y confesaban que nunca hubieran creído encontrarla, ni era posible pensar que un ejército sin artillería se pudiera sostener impávido tres días consecutivos completos bajo el fuego de 70 piezas, como los carlistas lo habían hecho sosteniéndose y batiéndose tan admirablemente como ellos se habían batido contra su formidable infantería, cuyos soldados no desmerecían tampoco de los carlistas; pero por desgracia para la Patria, la causa que aquellas grandes masas de soldados liberales defendían era ilegal, y por lo mismo la Divina Providencia había retirado su poderosa mano, dejando á sus hombres que fueran víctimas de sus desacertados errores.

MANUEL RODRÍGUEZ MAILLO

Madrid, enero de 1890.

CANJE DE PRISIONEROS

EN VIANA

TAN solemne y grandioso espectáculo tuvo lugar en el sitio denominado la Alberguería, ameno prado que se extiende á los pies de aquella histórica ciudad navarra.

Ya desde la vispera estaba lleno de gente, y en toda la mañana del día 16 de junio no cesaron de afluir caballerías y carruajes de Logroño y de Estella, amén de las muchas personas que iban á pie desde los pueblos circunvecinos.

Se calcula en 10.000 el número de curiosos que presenciaron el canje general de prisioneros entre los dos ejércitos del Norte. Acudieron de cada parte el comisionado de canjes y un coronel con un oficial secretario, cuatro compañías, música, una sección de caballería y los prisioneros.

De nuestra parte, el Sr. D. Luis Trelles de Noguerol y el Coronel Martínez de Junquera, Jefe del sexto Batallón de Navarra, con dos compañías de éste y dos del primero, la música del sexto y una sección de lanceros del tercer Escuadrón del Regimiento del Rey; de parte de los alfonsinos el Sr. Goicoechea y el Coronel Comandante del cuerpo de Estado Mayor D. Isidoro Lull, con dos compañías de la reserva núm. 16 y dos de la núm. 22, la charanga de un

Batallón de cazadores y una sección de Húsares de Pavía.

A las once en punto entraron en el prado por distintos caminos, con el arma terciada y batiendo marcha, las fuerzas de ambos ejércitos, mandadas por los dos indicados Coroneles, colocándose, mediante una hábil maniobra, unas frente á otras, paralelamente, y á unos doscientos pasos de distancia.

Para nuestro ejército, esta maniobra fué más complicada, pues que para apoyar la cabeza en la derecha, tenía que hacerlo precisamente en el sitio por donde acababa de entrar; dando esto ocasión á que el Jefe, los Oficiales y los voluntarios, luciesen admirablemente su pericia é instrucción, que debieron admirar los enemigos.

Entre ambas líneas, y próximamente á igual distancia, había una mesa cuadrilonga cubierta con un tapete encarnado, con sillas alrededor y recado de escribir encima.

Los dos Coroneles, con sus respectivos Oficiales secretarios, se adelantaron á caballo, y después de mediar los saludos de rúbrica, retrocedieron unos pasos para apearse, y se acercaron á la mesa.

Aquí hubo un ligero altercado sobre preferencia de asientos.

El Coronel liberal quiso colocarse por el lado de su línea, en el centro de la mesa, poniendo á su derecha al comisionado de canjes y á su izquierda al Oficial secretario, alegando que él por su gobierno era el jefe del canje, sin que reconociese allí superior; y como quiera que el sitio de preferencia por el lado de la línea carlista lo había de ocupar el Sr. Trelles, por ser nuestro comisionado general, el Coronel Junquera se negó con mucha razón á colocarse en un sitio secundario, si no hacía lo mismo el Coronel alfonsino.

Después de unos momentos de disputa comedida y casi galante, los dos Coroneles, que sin duda recordaron para sí el cuento de Cervantes, cedieron los sitios preferentes á los comisionados civiles, y se colocaron á su derecha respectiva, dejando á la izquierda los secretarios.

Empezó el reconocimiento y ajuste de las listas, que duró hasta las dos. Entonces comenzaron á llamar por lista á los prisioneros, que formando compañías como de á cien hombres, pasaban al lado donde debían quedar; llamáronse en seguida otros tantos del campo contrario y repitiendo alternativamente esta operación, hasta que pasaron á su respectivo campo todos los prisioneros, que eran 680 milita-

res, equivalentes á 726 unidades, los que presentó el comisionado carlista, y 634, que equivalían á 707 unidades, los que presentó el liberal.

Quedaron, pues, los alfonsinos debiendo al ejército carlista, 19 unidades.

Duró esta operación hasta las cuatro, y una vez terminada, los comisionados y jefes volvieron á sentarse á la mesa para concluir de arreglar sus papeles, acabando á las seis y cuarto.

Durante las siete horas que duró el canje, las bandas de ambos ejércitos ejecutaron alternativamente alegres jotas y escogidas piezas de música.

Entre el inmenso gentío que lo presenció, había varios jefes y oficiales carlistas y alfonsinos, que asistieron por mera curiosidad, y que pasearon mezclados conversando amigablemente, luciendo unos y otros airosos uniformes.

También estaba, pero sin uniforme y de mero espectador, el General Marqués de Valde-Espina, á quien fué á saludar el Coronel Sr. Lull.

A las seis y media, después de despedirse amistosamente los dos jefes, se retiraron á sus líneas respectivas, y montados á caballo con sus correspondientes séquitos, dirigiéronse al centro espada en mano, se saludaron, y cada cual hizo desfilar su fuerza en la misma forma que entró en el campo.

Tal fué el magno espectáculo que tanto dió que hablar á los periódicos de la época.

La prensa liberal quiso sacar partido de este acontecimiento, presentando como partidarios de sus ideales políticos á la mayoría de los espectadores que estuvieron en Viana.

Nada más inexacto.

De otro modo, no se explicaría por qué nuestras fuerzas recibieron al entrar y al salir innumerables vivas, y los liberales ni uno solo, y que las gentes diesen el expresivo grito de *¡Viva lo bueno!*, ya que les estaba prohibido vitorear á Carlos VII, á fin de no ser provocativos con el enemigo.

Cuando tocaba la música carlista, el prado se llenaba de parejas que bailaban alegremente, y por bailables que fuesen las piezas ejecutadas por la banda liberal, nadie se movía.

Terminaremos el presente artículo con una anécdota de un voluntario carlista.

Como las fuerzas estuvieron siete horas en la formación, se cansaban ya, y con este motivo dijo con mucha gracia, refiriéndose á los prisioneros del enemigo:

—*Más trabajo cuesta canjearlos que cogé-roslos.*

FLORDELÍS.

EJÉRCITO REAL. CAPITANÍA GENERAL DE NAVARRA,
PROVINCIAS VASCONGADAS Y RIOJA.

*Acta del canje verificado en los campos de Viana
el día 16 de Junio del año 1875.*

En los campos de Viana del antiguo Reino de Navarra, neutralizados previamente con objeto del canje que se va á verificar por convenio recíproco de ambas partes, reunidos los Sres. D. Luis de Trelles y Nogue-rol, comisionado general de canjes de prisioneros carlistas y delegado de su gobierno y de su general en jefe, y D. José de Goicoechea, comisionado de canjes del general en jefe del ejército alfonsino del Norte: al frente de las fuerzas de uno y otro campo que previamente se convinieron, con asistencia de sus respectivos jefes, que por la parte del ejército alfonsino lo es el señor Coronel D. Isidoro Llull, del cuerpo de Estado Mayor de dicho ejército, y D. Félix del Castillo, su secretario, y por el ejército carlista el señor Coronel don Marcelino Martínez de Junquera y D. Laureano de Larramendi, su ayudante, á las once de la mañana del día diez y seis de Junio de mil ochocientos setenta y cinco, después de reconocerse recíprocamente los jefes civiles del canje y los militares conforme á Ordenanza, hicieron alto los dos cuerpos que escoltaban los prisioneros, formando en batalla frente uno de otro y á doscientos pasos de distancia, y al costado izquierdo de su respectiva fuerza, formando martillo, una sección de veinticinco caballos, haciéndolo los prisioneros á retaguardia de ambos cuerpos. Puesta una mesa en el centro del campo, con seis asientos para los comisionados, jefes militares y sus ayudantes, se procedió al cotejo y examen de las listas por los señores comisionados, y hallándolas corrientes, se dió principio á su valoración, conforme á la regla duodécima del convenio de diez y ocho de Febrero último. Resultó que los prisioneros presentados por el comisionado carlista al canje que acaba de verificarse, representan con las equivalencias setecientos veintiseis unidades de soldado ó voluntario, según se explica al pormenor en las listas referentes y sus notas, listas señaladas con los números primero y segundo, que con la firma de los comisionados corren unidas á las respectivas copias de actas. Hecha igual liquidación de los prisioneros presentados al canje por el comisionado alfonsino, produjo la operación, con las equivalencias de prisioneros de clases, setecientos siete unidades, y comparadas las dos sumas, producen un saldo á favor del partido carlista de diez y nueve unidades, que se han de pagar en la forma que ulteriormente se acuerde por ambas partes.

Seguidamente se comprometieron los comisionados alfonsinos, en nombre de su gobierno, á entregar al ejército carlista del Norte los treinta prisioneros que faltan para el completo de los trescientos que, á fin de realizar este canje, ofreció el gobierno de Madrid traer de la Isla de Cuba, procedentes de la batalla de Oroquieta, bajo la condición de canje.

Acto continuo, y á excitación del comisionado y jefes carlistas, se comprometieron el comisionado y jefe alfonsino á interponer su influencia con el gobierno á quien representan, para traer en un breve término de dicha Isla de Cuba cuantos prisioneros se encuentran sirviendo en el ejército de la misma, procedentes de dicha batalla de Oroquieta, puesto que llevan pasados tres años sirviendo en aquellos abrasadores climas.

Habiéndose suscitado la duda de si en los convenios que precedieron al presente canje, de cobrarse recíprocamente los heridos, debían ser comprendidos catorce heridos que hay en el hospital de Irache, se resolvió, para evitar disensiones sobre ello, dejarlo á resolución ulterior del señor general Quesada, con el comisionado carlista.

Inmediatamente se comenzó el acto material del canje, designándose por suerte al comisionado alfonsino, que entregó doscientos prisioneros al del otro ejército, y el comisionado carlista á su vez otros doscientos, continuando alternativamente la operación por este orden hasta terminar, y desfilando cada vez el grupo de prisioneros entregados para pasar de uno á otro lado, con lo cual dieron por terminado el acto, extendiéndose la presente, que firmarán por duplicado los comisionados, los jefes de las fuerzas y sus secretarios, suscribiendo primero en uno de los ejemplares los carlistas y en otro los alfonsinos, para la debida igualdad. Seguidamente, y firmada el acta como queda dicho, se prepararon los unos y los otros para verificar el desfile, por el mismo orden que á la entrada en el campo; y como quiera que la operación se prolongó hasta las seis de la tarde, en que se extiende esta acta, hubo de suscitarse la duda de hasta qué hora del día de hoy ó de mañana debía alcanzarse el acuerdo de neutralidad en la zona convenida, resolviéndose de común acuerdo que alcanzase hasta las doce del día diez y siete del actual.

Debe advertirse que las listas de prisioneros presentadas por el Sr. Goicoechea se distinguían con las letras A y B.—*Luis de Trelles y Nogue-rol.—José de Goicoechea.—Marcelino Martínez de Junquera.—Isidoro Llull.—Laureano de Larramendi.—Félix del Castillo.*

Es copia del original que existe en esta Capitanía general.—El Brigadier Jefe de Estado Mayor, *Carlos Costa.*

MUJER HEROICA

EPISODIO DE LA PASADA GUERRA CIVIL, POR J. G. G.



CABABA el sol de ocultar su luminoso disco, y comenzaba la tierra á cubrirse de sombras, sucediéndose las tinieblas á la luz.

La claridad que prodiga el crepúsculo vespertino iba insensiblemente desapareciendo, merced al azul oscuro de que se revestía el firmamento y á la lenta aparición del astro de la noche, que venía de nuevo á saludar á los mortales.

La Naturaleza parecía querer dar á conocer algún sentimiento triste, alguna pena que la aquejaba, y el

cielo como la tierra, los árboles como las plantas, el día como la noche, todo parecía cubierto con el manto de la tristeza y del dolor.

No se oía el dulce y armonioso trinar de las aves; no se percibía el suave murmullo del límpido arroyuelo al correr sobre su lecho; no esparcía el luminoso Febo sus rayos sobre la tierra con su claridad acostumbrada; la Naturaleza, en una palabra, parecía hallarse vestida de riguroso luto.

Era que en aquellos días amenazaba á la nación española un grande castigo; era que sus hijos, en abierta y declarada lucha, se disputaban el derecho á la corona, el derecho á ocupar el trono de San Fernando.

Corría el año 1871.

A la caída de una tarde del mes de agosto, y cuando la Naturaleza más demostraba la tristeza que sentía, vistiéndose toda ella de sombras y dolor, dos hombres caminaban con paso resuelto por un camino que conducía á un pueblecillo cercano de Valencia.

Por momentos aceleraban el paso, como si temiesen que la noche les sorprendiera en el camino. Cuando la fatiga les rendía y se veían obligados á recobrar nuevas fuerzas, sentábanse en una de las márgenes del camino, y á los pocos instantes emprendían con mayor resolución la marcha.



Era el uno alto, bien formado, como de unos cuarenta años; el otro, joven, robusto y que no manifestaba tener más de veinte; los dos de generoso carácter y elevados sentimientos, como lo daba á entender la misión que se les había encargado.

—Corramos, Juan, decía el mayor, no sea que cuando lleguemos al pueblo encontremos cerrada la puerta y no podamos desempeñar el papel que se nos ha confiado.

—Sí, sí, no nos detengamos, que si grave es la noticia que hemos de comunicar á la desconsolada viuda, no menos grave es la obligación que tenemos de cumplir la orden de nuestro nuevo general.

—Al despuntar el nuevo día nos hemos de encontrar ya en las filas, pues es muy probable tengamos pronto algún encuentro con el enemigo.

—Por ahora creo, amigo, no debemos temerle; pues

los voluntarios afluyen milagrosamente á nuestras filas, convencidos del móvil que nos impulsa.

—Sí; la Providencia manifiesta claramente que protege á los partidarios del Derecho y la Legitimidad. Dentro de poco ondeará triunfante en toda España la bandera española, levantada por el brazo de los voluntarios á las órdenes de nuestro augusto Jefe.

Después de un momento de silencio, dijo el menor:

—¡Pobre señora, cuando le comuniquemos la noticia de la muerte de su esposo!

—¡Y pobres hijos, interrumpió el otro, que acaban de perder á un padre tan bondadoso!

Con esto llegaron al término de su carrera. Penetraron en el pueblecillo, y comenzaron á investigar el paradero de la señora á quien buscaban.



Guiados por un vecino, se pararon en el dintel de una grande puerta é hicieron que un aldabonazo pusiera en alarma á los moradores de aquella casa.

Abrióse la puerta y entraron los dos hombres.

—¿Es V., señora, dijo el mayor de ellos, la esposa del general carlista X.?

Sin darse cuenta de ello, hizo aquella mujer un signo afirmativo con la cabeza, y su semblante palideció repentinamente.

—Tened resignación y rogad á Dios por el eterno descanso de su alma.

Estas palabras casi no fueron oídas por la desventurada viuda. Lanzó un agudo suspiro, y cayó al suelo anegada en el más copioso llanto.

Sorprendidos por el grito que acababa de dar su madre, bajaron en seguida los dos hijos que tenía, y al contemplar aquel cuadro, sobre una mesa el uniforme que ellos sabían usaba su padre, y en el suelo, víctima de agudo dolor, á su sensible madre, lo comprendieron todo. Los rostros de ambos se entristecieron, y haciendo por ahogar el llanto que asomaba á sus ojos, comenzaron á consolar á su madre.

Esta permanecía en el suelo sin sentido.

No era una mujer ordinaria; noble y decidida, sabía tomar resoluciones heroicas cuando las circunstancias lo demandaban; aunque de tierno y delicado corazón,



cuando era necesario sabía trocar la sensibilidad por el ánimo más resuelto y decidido.

Así es que, sin apercibirse nadie de ello y sin poderse explicar la causa, vieron todos los presentes levantarse del suelo á aquella mujer, y con tono valiente y decidido pronunciar estas palabras:

—Ya que el Cielo, en sus inexcrutables designios ha permitido que mi esposo derrame su sangre de una manera tan noble y leal en el campo de batalla, defendiendo una bandera que es la bandera de la Iglesia y del Derecho, deber mío es llenar el puesto que él acaba de dejar vacante. Vosotros, hijos míos, abandonaréis esta misma noche la casa, para alistaros en las filas en las que vuestro padre ha muerto; que mayor gloria que la de morir en el campo de batalla defendiendo una causa santa, no encontraréis en el mundo. ¡Marchad, hijos míos, marchad á defender á la Patria! Y al decir esto, volvió á caer sin fuerzas ni alientos en el suelo.

Al amanecer de aquel día se dirigían por el camino que daba salida al pueblo cuatro hombres. Los cuatro nos son conocidos. Los dos hijos del general X. y los hombres que habían sido enviados á participar tan fatal noticia á la viuda.

Iban aquéllos á seguir el ejemplo de su padre; pero alentados por la noble y varonil decisión de su madre.

Ésta aguardaba en su casa, ó á sus hijos, ó á los despojos de ellos.

¡Noble valor!

¡Mujer heroica!



LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

V

Volviendo á nuestra precaria situación en la frontera francesa, por la falta de fuerzas disponibles para su defensa y la mala preparación para reunir las, observaremos que si bien lo primero, y al parecer lo más hacedero, que para remediarla se ocurre es el aumentar las guarniciones de los distritos próximos, se opone á la realización de esto en grado eficaz la necesidad de atender también á nuestra otra frontera y á nuestras dilatadas costas é islas adyacentes, á las plazas de Africa y á muchos puntos del interior que exigen asimismo considerables guarniciones, para todo lo cual difícilmente basta la cifra actual del ejército permanente, á despecho de las ideas con tanto aplauso sustentadas por algunos de nuestros economistas, que en este país y en esta época en que tanto suena la inmoralidad y tan patente se halla nuestra desorganización administrativa, no encuentran otro remedio á los males de la Nación que la reducción de ese efectivo, á duras penas suficiente ya hoy, no sólo para las atenciones de la paz, sino, lo que es más importante aún, para asegurar la defensa y garantizar el honor de aquélla.

No entraremos en el examen detallado que para demostrar lo que acabamos de decir sería necesario, porque esto nos llevaría demasiado lejos de nuestro propósito, y porque, sobre todo, la verdad de tal afirmación no puede ser negada por quien con conocimiento de causa se haya ocupado alguna vez en resolver ó estudiar las cuestiones generales de organización militar y defensa del territorio nacional; mas no podemos sustraernos al deseo de decir algo sobre asunto tan interesante y de tanta actualidad. La razón de que no somos nación guerrera ni podemos aspirar á tomar parte en las cuestiones que agitan el continente, muletilla obligada de esos economistas á que hemos aludido, para deducir en consecuencia que no necesitamos el ejército que tenemos, es cosa que movería á risa, si no tendiera á producir tan trascendentales consecuencias. Precisamente por eso, porque voluntariamente no hemos de romper lanzas con nadie y porque nuestra situación geográfica aleja el temor de que nos veamos envueltos en aquellas cuestiones, es por lo que no necesitamos ese ejército; que si así no fuera, sería imposible que nos contentásemos con fuerza tan moderada, no ya considerada solamente con relación á las cifras absolutas de los efectivos de las grandes potencias, como Francia, Alemania, Austria é Italia, sino aun habida cuenta de la proporción entre esas cifras y las de las poblaciones respectivas. Hasta los países que, como Bélgica y Suiza, sin poder abrigar la pretensión de imponerse á sus vecinos, aspiran, sí, á ser respetados, se ven obligados á tener fuerzas organizadas de mucha más importancia relativa que las nuestras, salvo el que si la constitución de las del segundo de dichos Estados, que no de otra manera que como milicias deben ser consideradas, puede responder á las

especiales condiciones físicas y políticas de su país, de ningún modo ofrece suficientes garantías para que se crea tal sistema aplicable á otras naciones.

¿Pero se darán cuenta nuestros estadistas de las fuerzas que hoy exigiría la defensa de la Península, dado el número de las con que pudiera invadirla la poderosa nación vecina? Esto es lo que desde luego se ocurre preguntar al ver la insistencia con que unos apoyan decididamente, y otros, obligados á ser más cautos en cuestión tan grave, dan pábulo al clamoreo inconsciente de una parte de la opinión y de la prensa pidiendo la reducción del ejército; y ciertamente que quien no conozca los antecedentes necesarios para la resolución del problema que aquella pregunta encierra, no podrá por menos de darse una respuesta afirmativa, se tiene conciencia de la magnitud de los deberes del hombre público para con su país. La mayoría de éste se halla sin duda en ese caso, y persuadido, en consecuencia, de la inutilidad de lo que tanto le cuesta; vendados los ojos por el interés del momento de pagar menos, que le impide ver los peligros á que se expone solamente con que se reprodujeran situaciones de política interior como las que no há muchos años atravesó, y no comprendiendo, ni aun aceptada la posibilidad de un conflicto internacional, la necesidad de esos centenares de miles de hombres de que ahora se le habla como de cosa de puro lujo y que existe real y verdaderamente, ¿qué mucho que considere al Ejército como la carga más pesada y odiosa, creyendo acaso que los sacrificios que su sostenimiento le impone son debidos al interés bastardo de los que esperan medrar en virtud de esa tan grandiosa como innecesaria organización que se representa?

Si esos políticos hubieran tratado de formarse idea de las condiciones de cuestión tan trascendental para el porvenir de la Patria, lo que seguramente no han hecho, pues que en modo alguno les podemos atribuir la conducta criminal de obrar á sabiendas por alcanzar una efímera popularidad; si, decimos, se hubiesen detenido á estudiar lo que de pocos años á esta parte han aumentado, por razón de la situación general, las necesidades militares de la Nación, para el importantísimo objeto de tener su defensa asegurada en lo posible contra todo lo contingente que los tiempos futuros encierran, obteniendo por este medio, único para lograrlo, el respeto de las demás, no tratarían seguramente de reducir la fuerza del ejército permanente cuando, á pesar de todo lo expuesto, apenas si alcanza á la que ha venido manteniéndose desde hace más de treinta años, en la época en que Francia, con sus 300.000 hombres de ejército y únicos de que disponía para la guerra, pasaba por la potencia militar más fuerte de Europa. El mismo Portugal, más apartado todavía que nosotros del centro de ésta, ha venido concediendo la atención merecida á la marcha progresiva de la organización militar en los demás países, y robustecido la suya á compás, en términos que actualmente ya no existe entre su ejército y el nuestro la diferencia de fuerza que exigiría la proporcionalidad entre la población y los recursos de las dos naciones;

de manera que si se implantasen en España aquellas doctrinas hoy tan en boga, ni aun podríamos considerarnos superiores á ese pequeño Estado.

Repetimos que no hemos de detenernos ahora á hacer un estudio formal de las fuerzas necesarias para la defensa del país; pero si dejaremos sentado que para asegurarla con probabilidades de éxito, por lo que á la frontera francesa exclusivamente se refiere, serían insuficientes los 200.000 hombres que hasta hace pocos años constituían el efectivo total de nuestro Ejército en pie de guerra, ni aun suponiéndolos empleados todos en primera línea. Si á esto se añade la necesidad imprescindible de guarnecer las plazas del teatro de operaciones y todas las de las costas, que podrían también servir de objetivo al enemigo; la de conservar fuerzas móviles respetables para oponerse á un desembarco, y disponer de ciertas reservas estratégicas para asegurar las líneas defensivas importantes ó campos atrincherados que hubieran de servir de eje de operaciones; si se han de prevenir además los medios de reemplazar las bajas de las tropas de primera línea y cuidar todavía de no dejar completamente indefensa la frontera portuguesa ni la entrada por Gibraltar, para evitar la tentación por parte de nuestros vecinos en ellas de aprovechar tales momentos críticos á fin de obtener ventajas en detrimento nuestro, fácilmente se comprenderá, aun por los menos expertos en estos asuntos, que para tan múltiples atenciones difícilmente bastaría otra fuerza igual á la que antes se ha indicado, formando un ejército de segunda línea, compuesto de tropas de reserva y de depósito.

Cierto que es preferible un ejército menor, bien organizado, á otro más fuerte en número, pero menos consistente, y en este concepto creemos firmemente que en nuestro estado actual no podemos pretender el disponer de los 300.000 hombres que bellas teorías señalan como efectivo para el ejército de primera línea, si por éste se ha de entender solamente el conjunto de tropas en disposición de batirse en cualquier punto del territorio á los quince días, cuando más, de la declaración de guerra. No hay que fundar ilusiones en el mayor ó menor número de cuadros susceptibles en apariencia de entrar á formar parte de aquel ejército, mientras no se arbitren los medios de llenarlos con rapidez de soldados capaces de entrar en campaña desde el día siguiente al de su incorporación, lo cual no puede hacerse hoy con la mayor parte de esos cientos de miles que figuran en las interminables listas de nuestros actuales cuerpos de reserva y cuadros de reclutamiento. Para que aquel ejército tan considerable fuera efectivo y sólido, aun admitiendo como suficiente para esto el servicio actual de dos años en Infantería, y para conservar además la fuerza que hemos visto ser tan necesaria en segunda línea, sería preciso aumentar la cifra permanente ó contar con los recursos necesarios para instruir y disciplinar de una manera seria, parte de los hombres que hoy permanecen en sus casas siendo soldados en el nombre solamente, y ni una ni otra cosa parece practicable sin recargar el presupuesto de la Guerra, á pesar de cuantos artificios se usan en esto

para presentar los proyectos del modo más favorable; pero así como sostenemos que la reducción de ese presupuesto, en la proporción que se pretende por muchos, es altamente inconveniente, así también reconocemos que en ningún modo cabe pensar en imponer nuevas cargas al país para aumentarlo.

FRANCISCO LARREA.

CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación)

De seda en colores nacionales: en el anverso y centro, la imagen del glorioso patriarca San José, con el Niño Jesús en los brazos, surmontada de la inscripción «Jesús, José y María, sed nuestra protección y guía», y debajo «V. D.^a M.» (Viva Doña Margarita) y «8.^o Batallón de la División de Guipúzcoa», con cuatro flores de lis en sus ángulos; en el reverso y centro, el escudo de armas de España, y sobre él el lema «Dios, Patria y Rey», y debajo «V. C. VII.» (Viva Carlos VII), con cuatro flores de lis de oro en sus ángulos.

21.—Bandera de seda negra que sirvió en la provincia de Guipúzcoa para llevar á cabo el alzamiento de voluntarios realistas en aquella provincia á las órdenes de D. Manuel Santa Cruz.

22 M.—Bandera del Batallón 1.^o de Alava, de la División de Alava. Se encontró en las batallas de Allo y Dicastillo, Montejurra, La Guardia, Somorrostro y Lácar.

De seda blanca: en el anverso y centro, la imagen de la Purísima, con dos escudos á sus pies, uno de armas de España y otro de Alava, surmontada de la inscripción «Gloria á la Patrona de España y sus Indias», y debajo «Voluntarios Realistas.—Alava»; en el reverso y centro, una cruz de oro, surmontada de las palabras «Hoc signo vincas», y debajo el lema español «Dios, Patria y Rey».

23 N.—Bandera del Batallón de Lérida, 1.^o de la División de Lérida.

Fué hecha para la guerra de 1823, y sin haber en ella servido, fué enviada al general Tristany en 1872, tomando parte desde esta fecha hasta 1876, distinguiéndose en las batallas y asaltos de San Salvador de Breda, Castellfullit, Olot, Berga, Berren y Pinós, Seo de Urgel y toma de sus fuertes, Prats de Llusanés, Manresa y Prades.

De seda encarnada: en el anverso y centro, el escudo de armas de Lérida, surmontado del lema «Dios, Patria y Rey», y debajo la inscripción «5 de Febrero de 1874»; en el reverso y centro, un escudo formado de tres flores de lis de oro sobre campo azul, y encima de él «1.^{er} Batallón de la provincia de Lérida».

24 O.—Bandera del Batallón 2.^o de Lérida, de la División de Lérida.

Hizo la campaña de 1872 á 1876, y asistió durante ella á las batallas y asaltos de Berga, Pinós, Castellfullit, Prades, Olot, Seo de Urgel y toma de sus fuertes.

De seda en colores nacionales: en el anverso y centro una corona de oro, surmontada del lema «Dios, Patria y Rey», y debajo la inscripción «Viva Carlos VII».

25 P.—Estandarte del Regimiento de Caballería 1.^o de Cazadores del Ejército Real de Cataluña.

Asistió á las batallas y asaltos de Bañolas, Vich, Cardona, Granollers, Esparraguera, Prats de Llusanés, Prades, San Salvador de Breda, Olot, Torreda, Berga y Castellfullit, en donde quedó manchada en sangre al caer con ella herido el brigadier D. Martín Miret.

De seda en colores nacionales: en el anverso y centro, la imagen de Santiago, patrón de España, surmontada de la inscripción «Regimiento de Caballería», y debajo «Ejército Real de Cataluña»; en el reverso y centro, el escudo de armas de España; encima de él, la inscripción «Regimiento de Caballería», y debajo «1.^o de Cazadores».

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Canje de Viana.

(Gran lámina suelta.)

Véase el artículo que con el mismo epígrafe publicamos.

El Marqués de Cerralbo.

(Pág. 161.)

Si bien la mayoría de nuestros lectores conoce ya el retrato del ilustre prócer colaborador de esta REVISTA, hemos creído oportuna su reproducción, por tratarse de una de las figuras que sobresale en nuestro campo.

Es senador por derecho propio, inspiradísimo poeta y posee una erudición extraordinaria, como lo revela en sus discursos.

En su larguísimo y reciente viaje á extranjeros países, fué acogido en todas partes con elevadas muestras de distinción, dispensándole honores que han patentizado una vez más cuán descaminados andan los que creen que la Comunion carlista ha perdido fuera de España una sola molécula de su respetabilidad y prestigio.

Alto del Estado Mayor carlista.

(Pág. 165.)

Nuestro distinguido colaborador el Marqués de Valde-Espina, nos ha facilitado la fotografía del natural, de la que es copia el presente grabado.

Representa un alto de marcha en que Don Carlos está rodeado de sus ayudantes y guardia.

A su izquierda está de pie el General Tristany, jefe de su Cuarto militar; á la derecha, el Sr. Cruz, Comandante del Escuadrón de guardias, cuyo primer jefe era el Sr. Marqués de Vallecerrato. Entre los que están tendidos, reconocerán nuestros lectores al Sr. Marqués de Tamarit, Respaldiza y al hijo del Sr. Marqués de Valde-Espina, D. José de Orbe; los tres, oficiales de órdenes de Don Carlos.

PALACIO LOREDÁN.

Cámara regia y Cuarto de baño.

(Págs. 168 y 169.)

Con los presentes grabados cerramos por ahora la serie de los que veníamos publicando del Palacio Loredán.

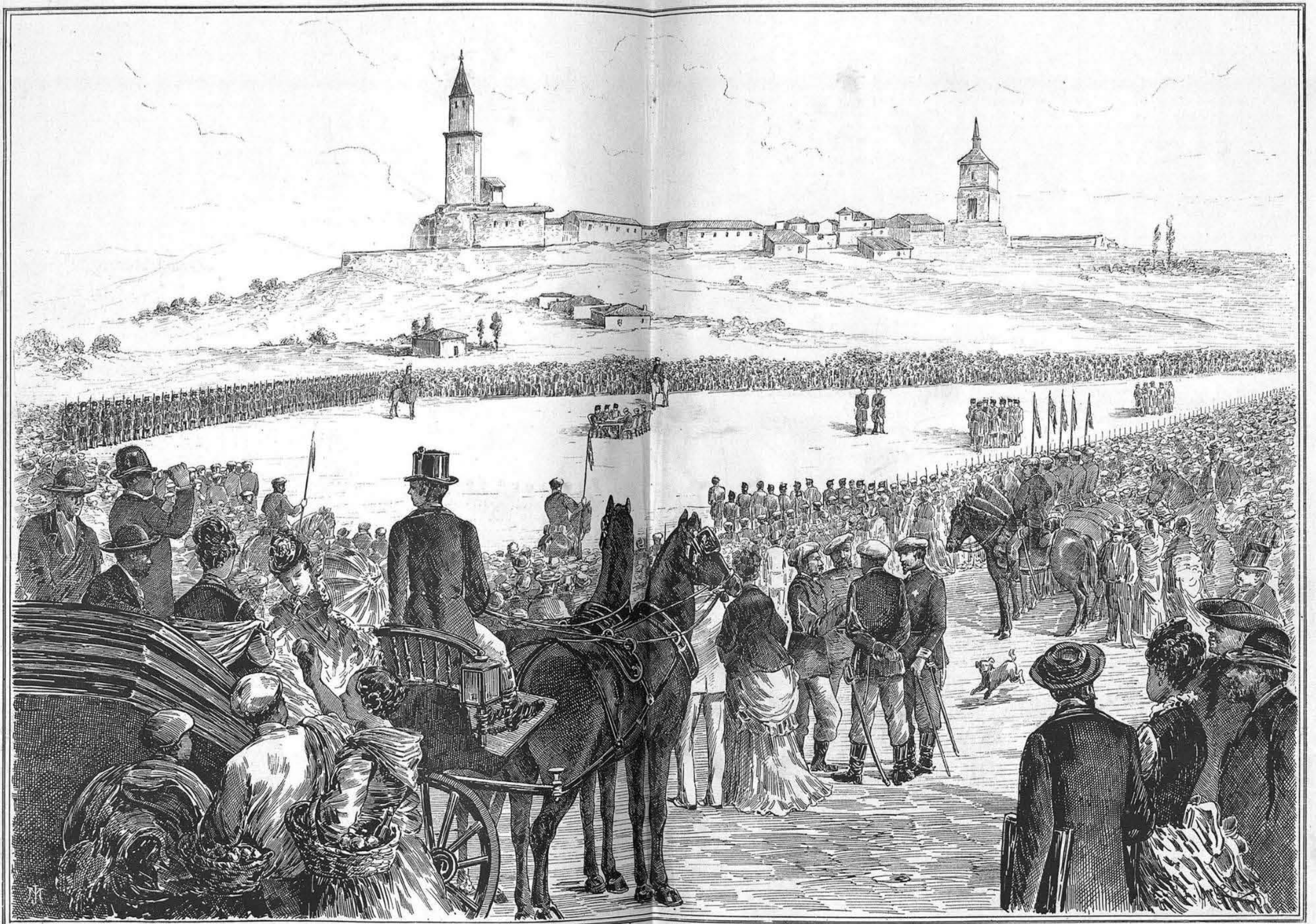
La pieza destinada á cuarto de baño es sumamente elegante, y la cámara regia es una nueva perspectiva, cuyos detalles no se podían apreciar en el grabado que publicamos de la misma estancia regia.

Mujer heroica.

(Págs. 172, 173 y 174.)

Las seis viñetas que ilustran este conmovedor episodio, honran al dibujante Sr. Coll, que ha sabido, en forma artística, poner de relieve los rasgos sublimes de que está plagado.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



CANJE DE PRISIONEROS EN VIANA (Navarra).—16 JUNIO 1875.

